



## LA SENCILLEZ

Si hay un ente admirable en la tierra, es Perogrullo. Os endilga una verdad de a folio, y decís: «¡Pero si esto ya lo sé yo!» ¿Y qué...? No le negaréis el mérito de habérsela recordado. Cuando un médico dice: «Hay que lavarse el cuerpo», ¿suelta más que una perogrullada?

Permitidme ejercer de perogrullo.

¡No os apartéis de la sencillez!

El verdadero arte es todo naturalidad.

Lo enrevesado perturba. Lo complicado no es eficaz.

De todas las sublimidades atribuidas al ocurrente Napoleón I— que no era exclusivamente un campeador—, ninguna como aquella frase suya, verdaderamente lapidaria, tocando la panza a un niño: «¡La tripita esa es la reina del mundo!»

Preguntándole a Benjamín Franklin por qué, siendo un hombre científico, rara vez usaba términos de la ciencia, refirió que una vez, por haber dicho en su casa que había comido *moluscos actéfalos*, alarmó a su familia al extremo de que quisieron hacerle tomar una botella de aceite, creyéndole envenenado. Pudo al fin tranquilizarles diciéndoles que lo que había comido eran simplemente ostras. «Desde aquel día, aseguraba Franklin, me dejé de *moluscos actéfalos*, y llamé a las ostras, *ostras*».

El arte repugna la afectación. Si hemos quedado en que su aroma es la sinceridad, ¿cómo será sincero lo que no sea natural y llano?

No pocos se figuran que al coger el pincel, el lápiz, el cincel o la pluma, vienen obligados a producir cosas estupendas. Y lo que hacen es no producirlas, con todo y el empeño, o precisamente por el empeño.

¡Cuanta creación malograda por ese prurito...! Entre la aptitud y

la comezón se estableció una violencia que no nota el artista; pero que notarán los demás. El sello especial que persigue para su obra no se producirá por el intento: existirá, si acaso, sin que se fije el favorecido.

Casi nunca las grandes cosas ofrecen nada de particular. En el fondo de ellas está la sublimidad, que consiste siempre en una espontaneidad.

La reproducción de la naturaleza, en todas sus manifestaciones, no consiente aditamentos. Todo lo más que permite es que se trasluzca su paso por el alma, la impresión que dejara en ella. Esto es precisamente el arte.

\*

El tono declamatorio de un actor desdibuja un personaje. El campanudismo orquestal desvirtúa un sentimiento. La afectación de un pintor falsea un acontecimiento histórico. Hasta en arquitectura el barroquismo es una tontería, y Churriguera fué una calamidad.

Toda obra artística recargada, aparatosa, solemne, es un contrasentido. Nada hay menos estético que el alarde. ¡Qué poca gallardía en el *Ave César* de los antiguos gladiadores romanos! Un señor que empieza una obra diciéndose: *¡ahora verán!* es el colmo del ridículo.

Entiéndase bien que no excluimos el *aparato* y la *solemnidad* cuando sean requeribles; dependen siempre del asunto o carácter de la obra. Pero la sencillez, la naturalidad, caben en todos los géneros. No nos referimos, pues, a la índole de la producción, sino al temperamento del artista, a su modo peculiar. Tan sencillamente debió de pintar Velásquez su famoso *Cristo* como *Los borrachos*, dando a cada cosa lo suyo. Nunca he podido soportar, por ejemplo, aquella teatralidad tonante del *Spoliarium*,

de Luna y Novicio: el deseo de *frapper* se ve a la legua.

Recordando la anécdota que he referido de Franklin, no se puede estar muy conforme con el dicho de Buffón: «Los que escriben como hablan, por bien que hablen, escriben muy mal». Primero: nadie, en rigor, escribe como habla. Segundo: feliz el que sepa escribir para que todo el mundo le entienda. Pues, en todo lo que intervenga el pensamiento, lo principal es *hacerse entender*. Más arte hay en conseguir la naturalidad que en pasar a las gentes. Esto cuesta relativamente muy poco. Y, sobre todo, es artimaña nada más.

Al artista menos que a nadie se le puede tolerar la sabihondez. Su lenguaje, más que otro alguno, va de alma a alma; su expresión ha de ser esencialmente ingenua. Sus obras se entregan a millares de generaciones, y no habrá delito mayor que mentir a los siglos. ¡Ah, si llegáramos a descubrir que Platón, que Virgilio, que Rafael, que Miguel Angel *nos hablan engañado*...!

Y el culteránismo, la afectación, la altisonancia, el empaque, son engaño siempre.

La Naturaleza se os brinda candorosamente como modelo. ¿Vais a adulterarla...? Sus encantos y sus imperfecciones se os revelan por igual con santo impudor. ¿Vais a escarnecerlos...? Si no la interpretáis, si no la *sentís*, no sois dignos de reproducirla. Las formas, los hechos, los tonos de luz, las ideas, piden de vosotros la justa correspondencia a su magnanimidad. Se os entregan a condición de que sepáis respetarlas. La belleza que emana de su conjunto se reserva a los elegidos, a los capaces de fluirla y expresar sus sensaciones. ¿A qué poner en la expresión lo que en aquella no esté...? ¿Por

Concluye en la página 7.